

Dan el mismo nombre a los cerros muy altos que se aventajan de los otros cerros, como las torres altas de las casas comunes. Y a las cuestras grandes que se hallan por los caminos —que las hay de tres, cuatro, cinco y seis leguas de alto, casi tan derechas como una pared (a las cuales los españoles, corrompiendo el nombre, dicen “apachitas”. Y que los indios las adoraban y les ofrecían ofrendas. De las cuestras diremos luego. Y qué manera de adoración era la que hacían. Y a quién).

A todas estas cosas y otras semejantes llamaron *huaca*, no por tenerlas por dioses ni adorarlas sino por la particular ventaja que hacían a las comunes. Por esta causa las miraban y trataban con veneración y respeto.

Por las cuales significaciones tan diferentes los españoles, no entendiéndolas más que la primera y principal significación (que quiere decir “ídolo”), entienden que tenían por dioses todas aquellas cosas que llaman *huaca* y que las adoraban los Incas como lo hacían los de la Primera Edad.

* *

Declarando el nombre *apachitas* —que los españoles dan a las cumbres de las cuestras muy altas y las hacen dioses de los indios—, es de saber que debe decir *apachecta*.

Es dativo. Y el genitivo es *apachecta*. De este participio de presente *apáchech*, que es el nominativo y con la sílaba *ta* se hace dativo: quiere decir “al que hace llevar”, sin decir quién es ni declarar qué es lo que hace llevar. Pero conforme al frasis de la lengua (como atrás hemos dicho y adelante diremos de la mucha significación que los indios encierran en sola una palabra) quiere decir “demostramos gracias y ofrecemos algo al que hace llevar estas cargas dándonos fuerzas y vigor para subir por cuestras tan ásperas como esta”.

Y nunca lo decían sino cuando estaban ya en lo alto de la cuestra. Y por esto dicen los historiadores españoles que llamaban “apachitas” a las cumbres de las cuestras, entendiéndolas que hablaban con ellas porque allí les oían decir esta palabra *apachecta*. Y como no entienden lo que quiere decir dárselo por nombre a las cuestras.

Entendían los indios, con lumbré natural, que se debían dar gracias y hacer alguna ofrenda al Pachacámac, dios no conocido que ellos adoraban mentalmente, por haberles ayudado en aquel trabajo. Y así luego que habían subido la cuestra se descargaban y, alzando los ojos al cielo y bajándolos al suelo y haciendo las mismas ostentaciones de adoración que atrás dijimos para nombrar al Pachacámac, repetían dos, tres veces el dativo *apachecta*.

Y en ofrenda se tiraban de las cejas. Y, que arrancasen algún pelo o no, lo soplaban hacia el cielo. Y echaban la hierba llamada *cuca* que llevaban en la boca, que ellos tanto precian, como diciendo que le ofrecían lo más preciado que llevaban. Y a más no poder —ni tener otra cosa mejor— ofrecían algún palillo o algunas pajuelas, si las hallaban por allí cerca. Y no hallándolas ofrecían un guijarro y donde no lo había echaban un puñado de tierra. Y de estas ofrendas había grandes montones en las cumbres de las cuestras.

No miraban al sol cuando hacían aquellas ceremonias, porque no era la adoración a él sino al Pachacámac. Y las ofrendas más eran señales de sus afectos que no ofrendas, porque bien entendían que cosas tan viles no eran para ofrecer.

(De todo lo cual soy testigo, que lo vi caminando con ellos muchas veces. Y más digo: que no lo hacían los indios que iban descargados sino los que llevaban carga. Ahora, en estos tiempos, por la misericordia de Dios en lo alto de aquellas cuestras tienen puestas cruces que adoran en acción de gracias de habérseles comunicado Cristo nuestro Señor.)

CAPÍTULO V

De otras muchas cosas que el nombre “huaca” significa

ESTA MISMA dicción *huaca*, pronunciada la última sílaba en lo más interior de la garganta, se hace verbo. Quiere decir “llorar”. Por lo cual los historiadores españoles, que no supieron esta diferencia, dijeron: “Los indios entran llorando y guayando en sus templos a sus sacrificios” (que *huaca* eso quiere decir), habiendo tanta diferencia de este significado “llorar” a los otros —y siendo el uno verbo y el otro nombre. Verdad es que la diferente significación consiste solamente en la diferente pronunciación, sin mudar letra ni acento: que la última sílaba de una dicción se pronuncia en lo alto del paladar y la de la otra en lo interior de la garganta.

De la cual pronunciación —y de todas las demás que aquel lenguaje tiene— no hacen caso alguno los españoles por curiosos que sean (con importarles tanto el saberlas), porque no las tiene el lenguaje español.

Verase el descuido de ellos por lo que me pasó con un religioso dominico que en el Perú había sido cuatro años catedrático de la lengua general de aquel imperio, el cual, por saber que yo era natural de aquella tierra, me comunicó y yo le visité muchas veces en San Pablo de Córdoba.

Acaeció que un día, hablando de aquel lenguaje y de las muchas y diferentes significaciones que unos mismos vocablos tienen, di por ejemplo este nombre *pacha*, que pronunciado llanamente como suenan las letras españolas quiere decir "mundo universo". Y también significa el cielo y la tierra y el infierno y cualquier suelo.

Dijo entonces el fraile: "Pues también significa ropa de vestir y el ajuar y muebles de casa". Yo dije: "Es verdad. Pero, dígame vuestra paternidad, ¿qué diferencia hay en la pronunciación para que signifique eso?". Díjome: "No la sé".

Respondile: "Habiendo sido maestro en la lengua ¿ignora esto? Pues sepa que para que signifique ajuar o ropa de vestir han de pronunciar la primera sílaba apretando los labios y rompiéndolos con el aire de la voz, de manera que suene el romperlos". Y le mostré la pronunciación de este nombre -y de otros- *viva voce*, que de otra manera no se puede enseñar. De lo cual el catedrático y los demás religiosos que se hallaron a la plática se admiraron mucho.

En lo que se ha dicho se ve largamente cuánto ignoran los españoles los secretos de aquella lengua, pues este religioso, con haber sido maestro de ella, no los sabía. Por donde vienen a escribir muchos yerros interpretándola mal, como decir que los Incas y sus vasallos adoraban por dioses todas aquellas cosas que llaman *huaca*, no sabiendo las diversas significaciones que tiene.

Y esto baste de la idolatría y dioses de los Incas. En la cual idolatría -y en la que antes de ellos hubo- son mucho de estimar aquellos indios, así los de la Segunda Edad como los de la Primera. Que en tanta diversidad y tanta burlería de dioses como tuvieron no adoraron los deleites ni los vicios como los de la antigua gentilidad del mundo viejo -que adoraban a los que ellos confesaban por adúlteros, homicidas, borrachos (y sobre todo al Priapo), con ser gente que presumía tanto de sus letras y saber y esta otra tan ajena de toda buena enseñanza.

* *

El ídolo Tangatanga, que un autor dice que adoraban en Chuquisaca y que los indios decían que en uno eran tres y en tres uno, yo no tuve noticia de tal ídolo ni en el general lenguaje del Perú hay tal dicción. Quizá es del particular lenguaje de aquella provincia, la cual está 180 leguas del Cozco. Sospecho que el nombre está corrupto, porque los españoles corrompen todos los más que toman en la boca. Y que debe decir *acatanca*: quiere decir "escarabajo", nombre con mucha propiedad compuesto de este nombre *aca*, que es "estiercol" y de este verbo

tanca, pronunciada la última sílaba en lo interior de la garganta, que es "empujar". *Acatanca* quiere decir "el que empuja el estiercol".

Que en Chuquisaca -en aquella Primera Edad y antigua gentilidad, antes del imperio de los reyes Incas- lo adorasen por dios, no me espantaría. Porque, como queda dicho, entonces adoraban otras cosas tan viles. Mas no después de los Incas, que las prohibieron todas. Que digan los indios que en uno eran tres y en tres uno es invención nueva de ellos, que la han hecho después que han oído la Trinidad y unidad del verdadero Dios nuestro Señor, para adular a los españoles con decirles que también ellos tenían algunas cosas semejantes a las de nuestra santa religión: como esta y la Trinidad (que el mismo autor dice que daban al sol y al rayo) y que tenían confesores y que confesaban sus pecados como los cristianos.

Todo lo cual es inventado por los indios, con pretensión de que siquiera por semejanza se les haga alguna cortesía. Esto afirmo como indio, que conozco la natural condición de los indios. Y digo que no tuvieron ídolos con nombre de Trinidad.

Y aunque el general lenguaje del Perú, por ser tan corto de vocablos, comprende en junto con sólo un vocablo tres y cuatro cosas diferentes (como el nombre *illapa*, que comprende el relámpago, trueno y rayo; y este nombre *maqui*, que es "mano", comprende la mano y la tabla del brazo y el molledo; lo mismo es del nombre *chaqui*, que pronunciado llanamente como letras castellanas quiere decir "pie": comprende el pie y la pierna y el muslo; y, por el semejante, otros muchos nombres que pudiéramos traer a cuenta), mas no por eso adoraron ídolos con nombre de Trinidad ni tuvieron tal nombre en su lenguaje (como adelante veremos).

Si el demonio pretendía hacerse adorar debajo de tal nombre no me espantaré, que todo lo podía con aquellos infieles idólatras tan alejados de la cristiana verdad. Yo cuento llanamente lo que entonces tuvieron aquellos gentiles en su vana religión.

(Decimos también que el mismo nombre *chaqui*, pronunciada la primera sílaba en lo alto del paladar, se hace verbo. Y significa "tener sed" o "estar seco" o "enjugarse" cualquier cosa mojada, que también son tres significaciones en una palabra.)

me llama con mucha pasión y ternura, de manera que me fuerza a ir allá. Déjame, por tu vida, que no puedo dejar de ir allá. Que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido".)

Las canciones que componían de sus guerras y hazañas no las tañían, porque no se habían de cantar a las damas ni dar cuenta de ellas por sus flautas. Cantábanlas en sus fiestas principales y en sus victorias y triunfos, en memoria de sus hechos hazañosos.

Cuando yo salí del Perú, que fue el año de 1560, dejé en el Cozco cinco indios que tañían flautas diestrísimamente por cualquier libro de canto de órgano que les pusiesen delante. Eran de Juan Rodríguez de Villalobos, vecino que fue de aquella ciudad. En estos tiempos —que es ya el año de 1602—, me dicen que hay tantos indios tan diestros en música para tañer instrumentos que dondequiera se hallan muchos.

De las voces no usaban los indios en mis tiempos, porque no las tenían tan buenas. Debía de ser la causa que, no sabiendo cantar, no las ejercitaban. Y, por el contrario, había muchos mestizos de muy buenas voces.

CAPÍTULO XXVII

La poesía de los Incas amautas (que son filósofos) y harauicus (que son poetas)

NO LES FALTÓ habilidad a los *amautas* (que eran los filósofos) para componer comedias y tragedias que en días y fiestas solemnes representaban delante de sus reyes y de los señores que asistían a la corte. Los representantes no eran viles sino Incas y gente noble, hijos de *curacas* —y los mismos *curacas*— y capitanes, hasta los maeses de campo, para que los autos de las tragedias se representasen al propio, cuyos argumentos siempre eran de hechos militares, de triunfos y victorias, de las hazañas y grandezas de los reyes pasados y de otros heroicos varones.

Los argumentos de las comedias eran de agricultura, de hacienda, de cosas caseras y familiares. Los representantes, luego que se acababa la comedia, se sentaban en sus lugares conforme a su calidad y oficios.

No hacían entremeses deshonestos, viles y bajos: todo era de cosas graves y honestas, con sentencias y donaires permitidos en tal lugar. A los que se aventajaban en la gracia del representar les daban joyas y favores de mucha estima.

De la poesía alcanzaron otra poca, porque supieron hacer versos cortos y largos, con medida de sílabas. En ellos ponían sus cantares amorosos con tonadas diferentes (como se ha dicho). También componían en verso las hazañas de sus reyes y de otros famosos Incas y *curacas* principales y los enseñaban a sus descendientes por tradición para que se acordasen de los buenos hechos de sus pasados y los imitasen.

Los versos eran pocos para que la memoria los guardase. Empero muy compendiosos, como cifras. No usaron de consonante en los versos, todos eran sueltos. Por la mayor parte semejaban a la natural compostura española que llaman redondillas.

* *

Una canción amorosa compuesta en cuatro versos me ofrece la memoria. Por ellos se verá el artificio de la compostura y la significación abreviada, compendiosa de lo que en su rusticidad querían decir. Los versos amorosos hacían cortos para que fuesen más fáciles de tañer en la flauta. Holgara poner también la tonada en puntos de órgano para que se viera lo uno y lo otro, mas la impertinencia me excusa del trabajo.

La canción es la que se sigue (y su traducción en castellano):

*Cailla llapi
puñunqui.
Chaupi tuta
samúsac.*

Quiere decir:

"Al cantico
dormirás.
Medianoche,
yo vendré".

Y más propiamente dijera: "ve-ni-ré", sin el pronombre "yo", haciendo tres sílabas del verbo como hace el indio: que no nombra la persona sino que la incluye en el verbo, por la medida del verso.

* *

Otras muchas maneras de versos alcanzaron los Incas poetas, a los cuales llamaban *haráuec*, que en su propia significación quiere decir "inventador".

En los papeles del padre Blas Valera hallé otros versos, que él llama espondáicos. Todos son de a cuatro sílabas, a diferencia de estos otros que son de a cuatro y a tres. Escríbelos en indio y en latín.

Son en materia de astrología. Los Incas poetas los compusieron filosofando las causas segundas que Dios puso en la región del aire, para los truenos, relámpagos y rayos y para el granizar, nevar y llover. Todo lo cual dan a entender en los versos, como se verá. Hiciéronlos conforme a una fábula que tuvieron, que es la que se sigue.

Dicen que el Hacedor puso en el cielo una doncella, hija de un rey, que tiene un cántaro lleno de agua para derramarla cuando la tierra la ha menester. Y que un hermano de ella lo quiebra a sus tiempos y que del golpe se causan los truenos, relámpagos y rayos. Dicen que el hombre los causa, porque son hechos de hombres feroces y no de mujeres tiernas. Dicen que el granizar, llover y nevar lo hace la doncella, porque son hechos de más suavidad y blandura y de tanto provecho.

Dicen que un Inca poeta y astrólogo hizo y dijo los versos loando las excelencias y virtudes de la dama y que Dios se las había dado para que con ellas hiciese bien a las criaturas de la tierra.

La fábula y los versos dice el padre Blas Valera que halló en los nudos y cuentas de unos anales antiguos que estaban en hilos de diversos colores y que la tradición de los versos y de la fábula se la dijeron los indios contadores que tenían cargo de los nudos y cuentas historiales. Y que, admirado de que los *amautas* hubiesen alcanzado tanto, escribió los versos y los tomó de memoria para dar cuenta de ellos.

(Yo me acuerdo haber oído esta fábula en mis niñeces, con otras muchas que me contaban mis parientes. Pero, como niño y muchacho, no les pedí la significación ni ellos me la dieron.)

Para los que no entienden indio ni latín me atreví a traducir los versos en castellano, arrimándome más a la significación de la lengua que mamé en la leche, que no a la ajena latina. Porque lo poco que de ella sé lo aprendí en el mayor fuego de las guerras de mi tierra entre armas y caballos, pólvora y arcabuces, de que supe más que de letras.

El padre Valera imitó en su latín las cuatro sílabas del lenguaje indio en cada verso. Y está muy bien imitado. Yo salí de ellas porque en castellano no se pueden guardar, que habiendo de declarar por entero la significación de las palabras indias en unas son menester más sílabas y en otras menos.

Ñusta quiere decir "doncella de sangre real". Y no se interpreta con menos: que para decir doncella de las comunes dicen *tazque*. *China* llaman a la doncella muchacha de servicio.

Illapántac es verbo: incluye en su significación la de tres verbos, que son "tronar", "relampaguear" y "caer rayos". Y, así, los puso en dos versos el padre maestro Blas Valera. Porque el verso anterior —que es *cununúnun*— significa "hacer estruendo" y no lo puso aquel autor por declarar las tres significaciones del verbo *illapántac*.

Unu es "agua", *para* es "llover", *chichi* es "granizar", *riti* "nevar".

Pachacámac quiere decir "el que hace con el universo lo que el alma con el cuerpo", *Huiracocha* es el nombre de un dios moderno que adoraban (cuya historia veremos adelante, muy a la larga).

Chura quiere decir "poner", *cama* es "dar alma, vida, ser y sustancia".

Conforme a esto diremos lo menos mal que supiéremos, sin salir de la propia significación del lenguaje indio.

Los versos son los que se siguen, en las tres lenguas:

<i>Zúmac ñusta,</i>	<i>Pulchra nimpha,</i>	Hermosa doncella,
<i>toralláiquim</i>	<i>frater tuus</i>	aquese tu hermano
<i>puiñuyquita</i>	<i>urnam tuam</i>	el tu cantarillo
<i>paquircayan.</i>	<i>nunc infringit,</i>	lo está quebrantando.
<i>Hinamanta</i>	<i>cuius ictus</i>	Y de aquesta causa
<i>cunuñunun,</i>	<i>tonat, fulget,</i>	trueno y relampaguea.
<i>illapántac.</i>	<i>fulminatque.</i>	También caen rayos.
<i>Camri, ñusta,</i>	<i>Sed tu, nimpha,</i>	Tu, real doncella,
<i>unuiquita</i>	<i>tuam limpham</i>	tus muy lindas aguas
<i>para munqui.</i>	<i>fundens pluis.</i>	nos darás, lloviendo.
<i>Mai ñimpiri</i>	<i>Interdumque</i>	También, a las veces,
<i>chichi munqui,</i>	<i>grandinem seu</i>	granizarnos has,
<i>riti munqui.</i>	<i>nivem mittis.</i>	nevarás asimismo.
<i>Pacharúrac</i>	<i>Mundi factor</i>	El hacedor del mundo,
<i>Pachacámac</i>	<i>Pachacamac</i>	el dios que le anima,
<i>Huiracocha</i>	<i>Huiracocha</i>	el gran Huiracocha,
<i>cai hinápac</i>	<i>ad hoc munus</i>	para aqueste oficio
<i>churasunqui,</i>	<i>te sufficit</i>	ya te colocaron
<i>camasunqui</i>	<i>ac prae fecit.</i>	y te dieron alma.

Esto puse aquí por enriquecer mi pobre historia. Porque, cierto, sin lisonja alguna se puede decir que todo lo que el padre Blas Valera tenía escrito eran perlas y piedras preciosas. No mereció mi tierra verse adornada de ellas.

Dícenme que, en estos tiempos, se dan mucho los mestizos a componer en indio estos versos y otros de muchas maneras, así a lo divino como a lo humano. Dios les dé su gracia para que le sirvan en todo.

* *

Tan tasada y tan cortamente como se ha visto sabían los Incas del Perú las ciencias que hemos dicho. Aunque si tuvieran letras las pasaran adelante poco a poco, con la herencia de unos a otros, como hicieron los primeros filósofos y astrólogos.

Sólo en la filosofía moral se extremaron, así en la enseñanza de ella como en usar las leyes y costumbres que guardaron. No sólo entre los vasallos, cómo se debían tratar unos a otros conforme a ley natural, mas también cómo debían obedecer, servir y adorar al rey y a los superiores. Y cómo debía el rey gobernar y beneficiar a los *curacas* y a los demás vasallos y súbditos inferiores.

En el ejercicio de esta ciencia se desvelaron tanto que ningún encarecimiento llega a ponerla en su punto. Porque la experiencia de ella les hacía pasar adelante perfeccionándola de día en día y de bien en mejor, la cual experiencia les faltó en las demás ciencias porque no podían manejarlas tan materialmente como la moral. Ni ellos se daban a tanta especulación como aquellas requieren porque se contentaban con la vida y ley natural, como gente que de su naturaleza era más inclinada a no hacer mal que a saber bien.

Mas con todo eso, Pedro de Cieza de León (capítulo 38), hablando de los Incas y de su gobierno, dice:

"Hicieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación que pocos en el mundo les hicieron ventaja".

Y el padre maestro Acosta (Libro VI, capítulo 1) dice lo que se sigue en favor de los Incas y de los mexicanos:

"Habiendo tratado lo que toca a la religión que usaban los indios, pretendo en este libro escribir de sus costumbres y policía y gobierno para dos fines.

"Uno, deshacer la falsa opinión que comúnmente se tiene de ellos como de gente bruta y bestial y sin entendimiento —o tan corto que apenas merece ese nombre. Del cual engaño se sigue hacerles muchos y muy notables agravios, sirviéndose de ellos poco menos que de animales y despreciando cualquier género de respeto que se les tenga. Que es tan vulgar y tan pernicioso engaño como saben los que con algún celo y consideración han andado entre ellos y visto y sabido sus secretos y avisos. Y, juntamente, el poco

caso que de todos ellos hacen los que piensan que saben mucho, que son de ordinario los más necios y más confiados de sí.

"Esta tan perjudicial opinión no veo medio con qué pueda mejor deshacerse que con dar a entender el orden y modo de proceder que estos tenían cuando vivían en su ley. En la cual, aunque tenían muchas cosas de bárbaros y sin fundamento, pero había también otras muchas dignas de admiración por las cuales se deja bien entender que tienen natural capacidad para ser bien enseñados. Y aun en gran parte hacen ventaja a muchas de nuestras repúblicas.

"Y no es de maravillar que se mezclasen yerros graves. Pues en los más estirados de los legisladores y filósofos se hallan, aunque entren Licurgo y Platón en ellos. Y en las más sabias repúblicas, como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa. Que cierto que si las repúblicas de los mexicanos y de los Incas se refirieran en tiempo de romanos o griegos fueran sus leyes y gobierno estimado. Mas, como sin saber nada de esto entramos por la espada sin oírles ni entenderles, no nos parece que merecen reputación las cosas de los indios, sino como de caza habida en el monte y traída para nuestro servicio y antojo.

"Los hombres más curiosos y sabios que han penetrado y alcanzado sus secretos, su estilo y gobierno antiguo muy de otra suerte lo juzgan, maravillándose que hubiese tanto orden y razón entre ellos".

Hasta aquí es del padre maestro José de Acosta cuya autoridad, pues es tan grande, valdrá para todo lo que hasta aquí hemos dicho —y adelante diremos— de los Incas, de sus leyes y gobierno y habilidad.

Que una de ellas fue que supieron componer en prosa, también como en verso, fábulas breves y compendiosas por vía de poesía para encerrar en ellas doctrina moral o para guardar alguna tradición de su idolatría o de los hechos famosos de sus reyes o de otros grandes varones. Muchas de las cuales quieren los españoles que no sean fábulas sino historias verdaderas, porque tienen alguna semejanza de verdad. De otras muchas hacen burla por parecerles que son mentiras mal compuestas, porque no entienden la alegoría de ellas.

Otras muchas hubo torpísimas, como algunas que hemos referido. Quizá en el discurso de la historia se nos ofrecrán algunas de las buenas que declaremos.

cualquiera de ellas cuando era sola valía 100 ducados, hermanada de cada una de ellas 200 y ambas 400, porque pueden servir de arecillos, que es para lo que más se estima.

No se consienten labrar porque su naturaleza es ser hecha de escos u hojas como la cebolla, que no es maciza. La perla se envejece por tiempo como cualquier otra cosa corruptible y pierde aquel color claro y hermoso que tiene en su mocedad y cobra otro pardusco quemado. Entonces le quitan la hoja de encima y descubren la segunda, con el mismo color que antes se tenía. Pero es con gran daño de la perla, porque por lo menos le quitan la tercia parte de su grandor. Las que llaman netas, por muy finas, salen de esta regla general.

CAPÍTULO XXIV

Del oro y plata

DE LA RIQUEZA de oro y plata que en el Perú se saca es buen testigo España, pues de más de 25 años (sin los de atrás) le traen cada año 12, 13 millones de plata y oro, sin otras cosas que no entran en esta cuenta. (Cada millón monta diez veces cien mil ducados.)

El oro se coge en todo el Perú. En unas provincias es en más abundancia que en otras, pero generalmente lo hay en todo el reino. Hállase en la superficie de la tierra y en los arroyos y ríos donde lo llevan las avenidas de las lluvias. De allí lo sacan lavando la tierra o la arena —como lavan acá los plateros la escobilla de sus tiendas—, que son las barreduras de ellas.

Llaman los españoles lo que así sacan “oro en polvo”, porque sale como limalla. Algunos granos se hallan gruesos de dos, tres pesos y más. Yo vi granos de a más de veinte pesos. Llamanles “pepitas”: algunas son planas como pepitas de melón o calabaza, otras redondas, otras largas como huevos.

Todo el oro del Perú es de 18 a 20 quilates de ley, poco más, poco menos. Sólo el que se saca en las minas de Callauaya (o Callahuaya) es finísimo, de a 24 quilates. Y aun pretende pasar de ellos, según me lo han dicho algunos plateros en España.

El año de 1556 se halló en un resquicio de una mina de las de Callahuaya una piedra de las que se crían con el metal, del tamaño de la cabeza de un hombre. El color propiamente era color de bofes y aun la hechura lo parecía, porque toda ella estaba agujereada de unos agujeros chicos y grandes que la pasaban de un cabo a otro. Por todos

ellos asomaban puntas de oro, como si le hubieran echado oro derretido por encima: unas puntas salían fuera de la piedra, otras emparejaban con ella, otras quedaban más adentro. Decían, los que entendían de minas, que si no la sacaran de donde estaba que por tiempo viniera a convertirse toda la piedra en oro.

En el Cozco la miraban los españoles por cosa maravillosa, los indios la llamaban *huaca* (que, como en otra parte dijimos, entre otras muchas significaciones que este nombre tiene una es decir “admirable cosa” digna de admiración por ser linda, como también significa “cosa abominable” por ser fea), yo la miraba con los unos y con los otros.

El dueño de la piedra, que era hombre rico, determinó venirse a España y traerla como estaba para presentarla al rey don Felipe segundo, que la joya por su extrañeza era mucho de estimar. De los que vinieron en la armada en que él vino supe en España que la nao se había perdido, con otra mucha riqueza que traía.

* *

La plata se saca con más trabajo que el oro y se beneficia y purifica con más costa. En muchas partes del Perú se han hallado y hallan minas de plata, pero ningunas como las de Potosí, las cuales se descubrieron y registraron año de 1545, 14 años después que los españoles entraron en aquella tierra.

El cerro donde están se dice Potosí porque aquel sitio se llamaba así. (No sé qué signifique en el lenguaje particular de aquella provincia, que en la general del Perú no significa nada). Está en un llano, es de forma de un pilón de azúcar. Tiene de circuito por lo más bajo una legua y de alto más de un cuarto de legua. Lo alto del cerro es redondo. Es hermoso a la vista, porque es solo. Hermoseolo la naturaleza para que fuese tan famoso en el mundo como hoy lo es. Algunas mañanas amanece cubierto de nieve, porque aquel sitio es frío.

Era entonces aquel sitio del repartimiento de Gonzalo Pizarro, que después fue de Pedro de Hinojosa. (Cómo lo hubo diremos adelante, si es lícito ahondar y declarar tanto los hechos secretos que pasan en las guerras sin caer en odio. Que muchas cosas dejan de decir los historiadores por este miedo.)

El padre Acosta (Libro IV) escribe largo del oro y plata y azogue que en aquel imperio se ha hallado, sin lo que cada día va descubriendo el tiempo. Por esto dejaré yo de escribirlo. Diré brevemente algunas cosas notables de aquellos tiempos y cómo beneficiaban y fundían los indios el metal antes que los españoles hallaran el azogue. En lo demás

remito a aquella historia al que lo quisiere ver más largo, donde hallará cosas muy curiosas, particularmente del azogue.

Es de saber que las minas del cerro de Potosí las descubrieron ciertos indios criados de españoles (que en su lenguaje llaman *yanacuna*, que en toda su significación quiere decir "hombre que tiene obligación de hacer el oficio de criado"), los cuales debajo de secreto en amistad y buena compañía gozaron algunos días de la primera veta que hallaron. Mas como era tanta la riqueza —y ella sea mala de encubrir— no pudieron o no quisieron encubirla de sus amos y así las descubrieron a ellos y registraron la veta primera, por la cual se descubrieron las demás.

* *

Entre los españoles que se hallaron en aquel buen lance estuvo uno que se llamó Gonzalo Bernal (mayordomo que fue después de Pedro de Hinojosa), el cual, poco después del registro, hablando un día delante de Diego Centeno (famoso caballero) y de otra mucha gente noble dijo:

"Las minas prometen tanta riqueza que, a pocos años que se labren, valdrá más el hierro que la plata".

Este pronóstico vi yo cumplido los años de 1554 y 55. Que en la guerra de Francisco Hernández Girón valió una herradura de caballo cinco pesos (que son seis ducados) y una de mula cuatro pesos, dos clavos de herrar un tomín (que son 56 maravedís). Vi comprar un par de borceguíes en 36 ducados, una mano de papel en 4 ducados, la vara de grana fina de Valencia a 60 ducados. Y a este respecto los paños finos de Segovia y las sedas y lienzo y las demás mercaderías de España.

Causó esta carestía aquella guerra porque, en dos años que duró, no pasaron armadas al Perú que llevan las cosas de España. También la causó la mucha plata que daban las minas, que tres y cuatro años antes de los que hemos nombrado llegó a valer un cesto de la hierba que llaman *cuca* 36 ducados y una fanega de trigo 24 y 25 ducados. Lo mismo valió el maíz. Y al respecto el vestir y calzar y el vino: que las primeras botijas, hasta que hubo abundancia, se vendían a 200 y a más ducados.

¡Y con ser la tierra tan rica y abundante de oro y plata y piedras preciosas, como todo el mundo sabe, los naturales de ellas son la gente más pobre y mísera que hay en el universo!

CAPÍTULO XXV

Del azogue. Y cómo fundían el metal antes de él

COMO EN OTRA parte apuntamos, los reyes Incas alcanzaron el azogue y se admiraron de su viveza y movimiento mas no supieron qué hacer de él ni con él.

Porque para el servicio de ellos no le hallaron de provecho para cosa alguna, antes sintieron que era dañoso para la vida de los que lo sacan y tratan, porque vieron que les causaba el temblar y perder los sentidos. Por lo cual (como reyes que tanto cuidaban de la salud de sus vasallos, conforme al apellido "amador de pobres") vedaron por ley que no lo sacasen ni se acordasen de él.

Y así lo aborrecieron los indios de tal manera que aun el nombre borrarón de la memoria y de su lenguaje, que no lo tienen para nombrar el azogue si no lo han inventado después que los españoles lo descubrieron año de 1567. Que, como aquellas gentes no tuvieron letras, olvidaban muy aína cualquier vocablo que no traían en uso.

Lo que usaron los Incas y permitieron que usasen sus vasallos fue del color carmesí, finísimo sobre todo encarecimiento, que en los minerales del azogue se cría en polvo que los indios llaman *ichma* (que el nombre *limpi*, que el padre Acosta dice, es de otro color purpúreo menos fino que sacan de otros mineros, que en aquella tierra los hay de todos los colores).

Y porque los indios aficionados de la hermosura del color *ichma* (que, cierto, es para aficionar apasionadamente) se desmandaban en sacarlo, temiendo los Incas no les dañase el andar por aquellas cavernas vedaron a la gente común el uso de él, sino que fuese solamente para las mujeres de la sangre real —que los varones no se lo ponían, como yo lo vi. Y las mujeres que usaban de él eran mozas y hermosas y no las mayores de edad: que más era gala de gente moza que ornamento de gente madura. Y aun las mozas no lo ponían por las mejillas, como acá el arrebol, sino desde las puntas de los ojos hasta las sienes, con un palillo, hecho a semejanza del alcohol. La raya que hacían era del ancho de una paja de trigo. ¡Y estábales bien!

No usaron de otro afeite las Pallas sino del *ichma* en polvo (como se ha dicho). Y aun no era cada día sino de cuando en cuando, por vía de fiesta. Sus caras traían limpias y lo mismo era de todo el mujeriego de la gente común. Verdad es que las que presumían de su hermosura

dónde hubiesen nacido) y le envió a decir que comiese de aquella fruta de España, nueva en el Cozco, que por ser la primera se la enviaba.

Los espárragos eran hermosísimos: dos eran gruesos como los dedos de la mano y largos de más de una tercia, el tercero era más grueso y más corto y todos tres tan tiernos que se quebraban de suyo.

Mi padre, para mayor solemnidad de la hierba de España, mandó que se cociesen dentro de su aposento al brasero que en él había, delante de siete u ocho caballeros que a su mesa cenaban. Cocidos los espárragos trajeron aceite y vinagre y Garcilaso mi señor repartió por su mano los dos más largos, dando a cada uno de los de la mesa un bocado. Y tomó para sí el tercero diciendo que le perdonasen, que por ser cosa de España quería ser aventajado por aquella vez.

De esta manera se comieron los espárragos con más regocijo y fiesta que si fuera el ave Fénix. Y aunque yo serví a la mesa e hice traer todos los adherentes no me cupo cosa alguna.

En aquellos mismos días envió el capitán Bartolomé de Terrazas a mi padre, por gran presente, tres biznagas llevadas de España, las cuales se sacaban a la mesa cuando había algún nuevo convidado y por gran magnificencia se le daba una pajuela de ellas. También salió por este tiempo el anís en el Cozco, el cual se echaba en el pan por cosa de mucha estima como si fuera el néctar o la ambrosía de los poetas.

De esta manera se estimaron todas las cosas de España a los principios, cuando se empezaron a dar en el Perú. Y escríbense, aunque son de poca importancia, porque en los tiempos venideros —que es cuando más sirven las historias— quizá holgarán saber estos principios.

* *

Los espárragos, no sé que hayan prevalecido. Ni que las biznagas hayan nacido en aquella tierra. Empero las demás plantas, mieses y legumbres y ganados han multiplicado en la abundancia que se ha dicho.

También han plantado morales y llevado semilla de gusanos de seda, que tampoco la había en el Perú. Mas no se puede labrar la seda, por un inconveniente muy grande que tiene.

CAPÍTULO XXXI

Nombres nuevos para nombrar diversas generaciones

LO MEJOR DE LO que ha pasado a Indias se nos olvidaba, que son los españoles y los negros que desde entonces acá han llevado por esclavos, para servirse de ellos, que tampoco los había antes en aquella mi tierra.

De estas dos naciones se han hecho allá otras, mezcladas de todas maneras. Y para diferenciarlas les llaman por diversos nombres para entenderse por ellos. (Y aunque en nuestra historia de la Florida dijimos algo de esto me pareció repetirlo aquí por ser este su propio lugar.)

Es así que al español o española que va de acá llaman *español* o *castellano*, que ambos nombres se tienen allá por uno mismo (y así he usado yo de ellos en esta historia y en la Florida).

A los hijos de español y de española nacidos allá dicen *criollo* o *criolla*, por decir que son nacidos en Indias. Es nombre que lo inventaron los negros —y así lo muestra la obra. Quiere decir, entre ellos, “negro nacido en Indias”. Inventáronlo para diferenciar los que van de acá, nacidos en Guinea, de los que nacen allá. Porque se tienen por más honrados y de más calidad por haber nacido en la patria, que no sus hijos porque nacieron en la ajena. Y los padres se ofenden si les llaman *criollos*.

Los españoles, por la semejanza, han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar los nacidos allá, de manera que al español y al guineo nacidos allá les llaman *criollos* y *criollas*. Al negro que va de acá llaman *negro* o *guineo*.

Al hijo de negro y de india —o de indio y de negra— dicen *mulato* y *mulata*. A los hijos de estos llaman *cholo*. Es vocablo de las islas de Barlovento. Quiere decir “perro”, no de los castizos sino de los muy bellacos gozcones. Y los españoles usan de él por infamia y vituperio.

A los hijos de español y de india —o de indio y española— nos llaman *mestizos*, por decir que somos mezclados de ambas naciones.

Fue impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias. Y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación me lo llamo yo a boca llena y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen “sois un mestizo” o “es un mestizo” lo toman por menosprecio. De donde nació que hayan abrazado con grandísimo gusto el nombre *montañés* que, entre otras afrentas y

menosprecios que de ellos hizo, un poderoso les impuso en lugar del nombre *mestizo*.

Y no consideran que aunque en España el nombre *montañés* sea apellido honroso, por los privilegios que se dieron a los naturales de las montañas de Asturias y Vizcaya, llamándose a otro cualquiera que no sea natural de aquellas provincias es nombre vituperioso. Porque en propia significación quiere decir "cosa de montaña", como lo dice en su vocabulario el gran maestro Antonio de Lebrija, acreedor de toda la buena latinidad que hoy tiene España. Y en la lengua general del Perú para decir "montañés" dicen *sacharuna*, que en propia significación quiere decir "salvaje". Y por llamarles, aquel buen hombre, disimuladamente "salvajes" les llamó *montañés*. Y mis parientes, no entendiendo la malicia del imponente, se precian de su afrenta, debiéndola de huir y abominar y llamarse como nuestros padres nos llamaban y no recibir nuevos nombres afrentosos, etc.

A los hijos de español y de mestiza —o de mestizo y española— llaman *cuatralbos*, por decir que tienen cuarta parte de indio y tres de español. A los hijos de mestizo y de india —o de indio y de mestiza— llaman *tresalbos*, por decir que tienen tres partes de indio y una de español.

Todos estos nombres —y otros que por excusar hastío dejamos de decir— se han inventado en mi tierra para nombrar las generaciones que ha habido después que los españoles fueron a ella. Y podemos decir que ellos los llevaron con las demás cosas que no había antes.

* *

Y con esto volveremos a los reyes Incas hijos del gran Huaina Cápac, que nos están llamando para darnos cosas muy grandes que decir.

CAPÍTULO XXXII

Huáscar Inca pide reconocimiento de vasallaje a su hermano Atahualpa

MUERTO HUAINA CÁPAC reinaron sus dos hijos cuatro o cinco años en pacífica posesión y quietud entre sí, uno con otro, sin hacer nuevas conquistas ni aun pretenderlas. Porque el rey Huáscar quedó atajado por la parte septentrional con el reino de Quito, que era de su hermano, por donde había nuevas tierras que conquistar. Que por las otras tres partes estaban ya todas ganadas desde las bravas montañas de los Antis hasta la mar (que es de oriente a poniente) y al mediodía tenían sujetado hasta el reino de Chile. El Inca Atahualpa tampoco procuró nuevas conquistas, por atender al beneficio de sus vasallos y al suyo propio.

Habiendo vivido aquellos pocos años en esta paz y quietud, como el reinar no sepa sufrir igual ni segundo, dio Huáscar en imaginar que había hecho mal en consentir lo que su padre le mandó acerca del reino de Quito: que fuese de su hermano Atahualpa. Porque, además de quitar y enajenar de su imperio un reino tan principal, vio que con él quedaba atajado para no poder pasar adelante en sus conquistas, las cuales quedaban abiertas y dispuestas para que su hermano las hiciese y aumentase su reino, de manera que podía venir a ser mayor que el suyo. Y que él, habiendo de ser monarca (como lo significa el nombre *Zapa Inca*, que es "Solo señor"), vendría por tiempo a tener otro igual y quizá superior. Y que según su hermano era ambicioso e inquieto de ánimo podría, viéndose poderoso, aspirar a quitarle el imperio.

Estas imaginaciones fueron creciendo de día en día, más y más. Y causaron en el pecho de Huáscar Inca tanta congoja que no pudiéndola sufrir envió un pariente suyo por mensajero a su hermano Atahualpa, diciendo que bien sabía que por antigua constitución del primer Inca Manco Cápac —guardada por todos sus descendientes— el reino de Quito y todas las demás provincias que con él poseía eran de la corona e imperio del Cozco. Y que haber concedido lo que su padre le mandó más había sido forzosa obediencia del padre que rectitud de justicia porque era en daño de la corona y perjuicio de los sucesores de ella, por lo cual ni su padre lo debía mandar ni él estaba obligado a cumplirlo.